

MARIE VON EBNER-ESCHENBACH

El chico de la comunidad

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



El chico de la comunidad

Grandes Clásicos

Marie von Ebner-Eschenbach

El chico de la comunidad

Traducción de Miguel Ángel Álvarez



Primera edición: marzo de 2021

Título original: *Das Gemeindegind* (1887)

© de la traducción: Miguel Ángel Álvarez, 2021
miguelalvarezescritor.com

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FC
ISBN: 978-84-120979-7-9
Depósito Legal: M-4181-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Pas Mèche*, Jules Bastien-Lepage, 1882

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofas

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El chico de la comunidad

«*Todo está en la historia*»

GEORGE SAND

I

En octubre de 1860 empezó en la capital de provincias B. la fase final del proceso contra el barrero Martin Holub y su mujer Barbara Holub.

La pareja había llegado, procedente de su población natal, Soleschau, al pie del Hrad, una de las cumbres de la cordillera Marte, a la parroquia de Kunovic hacia finales de junio del mismo año con dos hijos, un muchacho de trece años y una chica de diez. Ya el primer día, el hombre llegó a un acuerdo con la Administración, asignó tareas a su mujer, al niño y a algunos jornaleros a sueldo, y luego se dio a la bebida en la taberna. El arreglo se respetó durante los tres meses que la familia pasó en Kunovic. La mujer y Pavel, el hijo, trabajaban; el hombre o tenía una borrachera de aguardiente o estaba a punto de pillar una. A veces llegaba tambaleándose al dormitorio común bajo el techo del cobertizo y,

al día siguiente, la familia aparecía molida a palos y cojeando en la cantera de barro. Los jornaleros, que nada querían saber de la supuesta docilidad a que les obligaba el reglamento interno de la casa del barrero, fueron reemplazados por otros, que, a su vez, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Al final, solo se veía a la mujer y a sus hijos en el lugar de trabajo: ella, grande y fuerte, con las huellas de su antigua belleza todavía visibles en el rostro quemado por el sol; el chaval, zafio y de cuello corto, podría ser pintado como un oso embarrado, aunque sería mejor no hacerlo; la muchacha se llamaba Milada y era una criatura grácil y delicada, en cuyos ojos celestes resplandecían más vida e inteligencia que en los de Barbara y Pavel juntos. La pequeña ejercía cierto tipo de control sobre ambos y, al mismo tiempo, les era útil para todo tipo de recados. Sin la niña, nunca se habría intercambiado una palabra en el lugar de trabajo. Madre e hijo se dejaban la piel desde la madrugada gris hasta la caída de la noche, sin tregua, taciturnos y en silencio. Así continuó la cosa mucho tiempo, no descansaban ni domingos ni festivos, para desesperación de los devotos del pueblo. La inobservancia llegó a oídos del párroco y lo movió a protestar contra aquello. Barbara no se dio por aludida. En consecuencia, en la tarde de la fiesta de la ascensión de María a los cielos, el eclesiástico se presentó en persona en el lugar de trabajo y ordenó

a la señora Holub que detuviera inmediatamente su actividad, porque estaba profanando la festividad. Quiso el destino que Martin, que estaba durmiendo su última mona en el cobertizo, despertara inoportunamente en ese preciso instante, se levantara y se acercara. Darse cuenta de cómo Pavel escuchaba la exhortación del cura, aparentemente en completo acuerdo, con la boca abierta y los brazos colgando, y abalanzarse sobre él fue todo uno. El clérigo no dudó en apresurarse a ayudar al chiquillo, lo protegió de los malos tratos del padre, pero con ello solo consiguió dirigir su furia hacia sí mismo. Delante de todos los testigos que había atraído el griterío de los Holub y cuyo número crecía de minuto en minuto, el energúmeno lo cubrió de imprecaciones, se lanzó a por él y le puso el puño apretado delante de la cara. El párroco, que no había perdido la compostura ni por un momento, giró la cabeza asqueado y, levantando a la defensiva el bastón con la mano derecha, dio al borrachín un ligero golpe en la cabeza. Martin lanzó un aullido, se postró y se retorció como un gusano y bramó, estaba muerto, muerto a palos como una rata, a manos del señor eclesiástico. Al principio le respondió una risa de burla; sin embargo, su estado era suficientemente grave como para encontrar al menos unos pocos defensores.

Entre la multitud de curiosos que rodeaban al caído en el suelo se levantaron algunas voces en su

favor, encontraron oposición y respondieron a esta de un modo que muy pronto desencadenó actos de violencia. La autoridad del párroco todavía alcanzaba para mandar a los alborotadores abandonar el lugar. Fueron a la taberna y allí dieron vivas al golpeado por el señor eclesiástico durante mucho tiempo, hasta que un grupo de jóvenes parroquianos se propuso poner fin a la desenfrenada diversión de la chusma. La discusión degeneró en una pelea como no había habido otra en Kunovic desde la última gran boda. La policía local dejó que la tormenta bramara libremente y, a la mañana siguiente, su mezcla de inteligencia y precaución recibió la recompensa de tener a todo el pueblo de su lado. La opinión general era que allí solo había un culpable —el barrero— y que uno no se debía molestar por su culpa. La comunidad se mostró favorable a la disolución del acuerdo. De todas maneras, Martin no habría podido renovarlo bajo ninguna condición; por más trabajadores que fueran la mujer y el niño, no podían hacer milagros. Holub fue despachado y despedido. Del dinero que todavía le correspondía, aparte del ya cobrado por adelantado, no vio ni un real, pues el administrador se había reservado ese derecho.

Después de un fracasado intento de hacer valer sus presuntos derechos, al hombre no le quedó más remedio que seguir su camino. Se produjo la marcha

del barrero. Al frente caminaba el cabeza de familia en pantalones de lino deshilachados y apenas ceñidos y chaqueta azul de barragán hecha jirones. Llevaba el sombrero torcido y lleno de agujeros; la cara roja de borracho estaba abotargada; los labios lanzaban maldiciones contra el pastor y los siervos del pastor, que le impedían ganarse el pan honradamente.

La mujer iba un par de pasos detrás de él. Tenía la frente vendada y parecía incapaz de mantenerse en pie; sin embargo, tiraba de un carromato en el que había herramientas y algunos enseres y donde Milada yacía cubierta por una manta. ¿Enferma? ¿Apaleada? Uno podía suponer más bien lo último, pues, antes de partir, Martin había rabiado terriblemente contra los suyos. Pavel cerraba el grupo. Empujaba el carromato con fuerza hacia delante, con ambas manos apoyadas contra la parte trasera y también se ayudaba con la cabeza, que inclinaba profundamente cada vez que en el camino se topaban con gentes, quienes o bien seguían a los emigrantes con una mirada de compasión o bien respondían triunfalmente a las salvajes blasfemias de Holub.

Algunos días después, en una mañana tormentosa y gris de septiembre, cuando iba de camino a la casa parroquial para coger las llaves de la iglesia, al pasar por la sacristía, el sacristán encontró la puerta de la misma medio abierta.

Completamente sorprendido y sin saber qué pensar al respecto en aquel momento, entró, vio los armarios abiertos, los hábitos de misa desperdigados por el suelo y que el ribete de oro había sido robado. Se agarró la cabeza, siguió caminando hacia la iglesia y allí encontró el tabernáculo roto y vacío.

Un temblor se apoderó de él.

—¡Ladrones! —gritó—. ¡Ladrones! —y no supo cómo salió de la iglesia ni por qué camino llegó a la parroquia: era como si alguien lo hubiera arrastrado cogido del cogote.

El párroco no se cuidaba de cerrar la puerta. «¿Qué puede venir a buscar la gente aquí?», opinaba; así que el sacristán solo necesitó tirar del picaporte. Así lo hizo... ¡Espanto y horror! La vieja criada del párroco yacía tirada a lo largo en el suelo, inconsciente, llena de sangre. Cuando un fuerte golpe de viento sopló por la puerta abierta sobre ella, se movió, miró fijamente al sacristán e indicó con un gesto débil pero terriblemente expresivo hacia la habitación del eclesiástico.

El sacristán, a punto de perder el juicio, dio un par de pasos, miró, gimió y cayó de rodillas a consecuencia del horror que había visto.

Un cuarto de hora más tarde todo el pueblo sabía que ese día por la noche el eclesiástico había sido asaltado y asesinado, aparentemente luchando

por las llaves de la iglesia..., luchando terriblemente, saltaba a la vista, todo apuntaba en esa dirección.

Sobre el autor del espantoso crimen nadie tenía dudas. Incluso antes de escuchar la declaración de la criada, todos lo sabían: Martin Holub era el culpable. Lo buscaron en Soleschau. Había estado allí recientemente, había dejado a sus hijos a cargo del pastor comunal y había vuelto a desaparecer con su mujer.

Apenas una semana después, descubrieron a la pareja en una guarida de ladrones de la frontera, en el preciso instante en que Holub pretendía colocar a un buhonero una parte del sagrario roto en pedazos de la iglesia de Kunovic. El maleante solo pudo ser apresado después de una fuerte lucha. La mujer se entregó a su destino con hosca indiferencia. Poco después, ambos comparecieron frente a un juez en B.

El proceso judicial avanzó rápidamente, sin ser entorpecido por ningún incidente. Desde el principio, Martin Holub sostuvo que no había sido él, sino su mujer quien lo había maquinado y ejecutado todo, y cuanto más le mostraban la improbabilidad de esa afirmación, más volvía sobre ella. Así que se enredó en su propia red de mentiras burdamente tejida y ofreció el ruin espectáculo, cientos de veces visto, del vil canalla que se convierte en su propio fiscal mientras intenta defenderse.

Por el contrario, el comportamiento de la mujer era extraño. La uniformidad de sus declaraciones recordaba al manido: *Non mi ricordo*; invariablemente decía:

—Como diga el hombre. Lo que diga el hombre.

En su presencia permanecía inmóvil, respirando apenas, con el sudor del miedo en la frente y los ojos dirigidos hacia él con un respeto mortal. Cuando él no estaba en la sala, lo adivinaba en la cercanía, aunque no pudiese verlo; su mirada tímida vagaba de un lado a otro en su busca y, de repente, contemplaba el vacío con terrible fijeza. La manilla de una puerta al abrirse o el ruido más suave la hacían temblar y tiritar, y estremecida repetía su versión:

—Como diga el hombre. Lo que diga el hombre.

«¡Estás firmando tu sentencia de muerte!», le gritaban en vano. Estas palabras no le causaban la menor impresión, no la asustaban. No temía al juez ni a la muerte, temía «al hombre».

Y su abogado se agarró a ese miedo, rayando en la locura, a su señor y maltratador para solicitar la absolución en su brillante discurso de defensa, en consideración a la manifiesta incapacidad mental de su clienta. No se le pudo dar la absolución en ese caso, pero se le impuso una sentencia relativamente

leve para ser una cómplice de un delito grave. El veredicto rezaba: «Muerte en la horca para el hombre; diez años de prisión incondicional para la mujer».

Barbara Holub empezó a cumplir condena inmediatamente. La sentencia de Martin Holub se ejecutó después del período establecido legalmente.